

La carta de Pablo a los Gálatas*

(Una introducción narrativa)

José Luis Sicre Díaz, S.J

José Luis Sicre Díaz, S.J. (Cádiz, 1940), Doctor en Sagrada Escritura por el Pontificio Instituto Bíblico de Roma. Profesor ordinario de la Facultad de Teología de Granada, donde enseña Pentateuco, Libros históricos y Libros Proféticos del Antiguo Testamento. Profesor invitado del Pontificio Instituto Bíblico de Roma y de la Facultad de Teología de San Miguel (Buenos Aires). Es autor de numerosos artículos y de diversas obras relacionadas con los estudios bíblicos, entre las que se encuentran: *Los dioses olvidados. Poder y riqueza en los profetas preexílicos* (Madrid 1979); *Con los pobres de la tierra. La justicia social en los profetas de Israel* (Madrid 1985); *Los profetas de Israel y su mensaje* (Madrid 1986); *Profetismo en Israel* (Verbo Divino, 1992), *Introducción al Antiguo Testamento* (Verbo Divino, 1993), *De David al Mesías* (Verbo Divino, 1995) y *Josué* (Verbo Divino, 2002).

*Adelanto de la novela *La carta de Pablo a los Gálatas* de José Luis Sicre.

Continuando la experiencia de *El cuadrante*, trilogía centrada en los evangelios¹, el año pasado publiqué la primer parte de una nueva trilogía centrada en los Hechos de los Apóstoles y las cartas de Pablo². Estas páginas introducen a la carta a los Gálatas, una de las más importantes, y formarán parte del segundo volumen³.

El protagonista del relato, Andrónico, escribe a comienzos del siglo II, hacia el año 115. Se reúne a menudo con su esposa, Lucila, su hijo Néstor, su nuera Talía, y Livia, una especie de segunda madre, para leer y comentar el libro de los Hechos. Pero la carta a los Gálatas requiere la ayuda de un especialista, Leví, escriba judío convertido al cristianismo. Él y su esposa, Tamar, serán quienes introduzcan a Andrónico en los vericuetos de la carta.

* * *

Al cumplirse el breve plazo pedido por Leví para conocer la carta a los Gálatas me dirigí a su casa. Era uno de esos días radiantes, de sol espléndido, pero no ardiente, que te hace sentirte feliz. Mientras caminaba, con mi ejemplar de la carta en la mano, no pude dejar de

pensar que Leví llevaba años sin poder disfrutar de estos días, ni tampoco de sentir la lluvia o el viento frío sobre su rostro. «Los caminos del Señor no son nuestros caminos», habría dicho Livia. Sin embargo, Leví no parecía echar de menos el sol, la lluvia y el viento. Sonriente, como siempre, entró pronto en materia con una pregunta que me desconcertó.

—Esta copia de la carta que me regalaste... perdona lo que te digo, no me interpretes mal... ¿está bien hecha? ¿Coincide plenamente con el original?

—Supongo que sí. Mi amanuense es muy cuidadoso. ¿Por qué lo dices?

—Abre tu rollo después de la mitad... Un poco más adelante... Busca cuando habla del heredero menor de edad.

—Aquí está.

—¿Ves la frase «de modo que no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres heredero por disposición de Dios»?

—Sí.

—¿Cómo sigue?

—«Antes, cuando no conocíais a Dios, venerabais a los que realmente no son dioses».

Levantó la mirada de su rollo y me miró sorprendido.

—Tienes razón. La copia es correcta. También la mía sigue así.

—¿Es que tenía que seguir de otro modo?

—La continuación tiene un estilo muy distinto a lo anterior, muy personal, muy cariñoso. ¿No te has dado cuenta? Además, tiene recuerdos muy interesantes a propósito de Pablo, como el de la enfermedad de sus ojos⁴.

(Yo había leído la carta cinco veces al menos y no había caído en la cuenta de esos detalles.)

—Esta anomalía —continuó Leví— puede tener dos causas: la pobreza o el cambio de humor... Primera causa posible: la pobreza. Pablo es pobre, además de predicar tiene que trabajar para ganarse la vida. Dicta las cartas por la noche, cansado. Cada noche un rato. Tarda varios días en terminarla. Y eso se une con la segunda causa: el cambio de humor. Pablo, al oír lo ocurrido en Galacia, se indigna y empieza a escribir una carta durísima. Pero una mañana, mientras trabaja, recuerda su llegada a Galacia, el cariño con que lo acogieron personas a las que ni siquiera conocía. Esa noche, cuando dicta, adopta un tono completamente distinto, mucho más cariñoso... Al día siguiente vuelve a sentirse enojado ante la gravedad de la cuestión y la carta cambia otra vez de tono. Dame ese rollo, Andrónico... Ése, no, el que está a la derecha.

Era bastante más grueso que la carta a los Gálatas, más del doble.

—Esta es la carta de Pablo a los romanos. La que tú no tienes. Cuando la escribió, Pablo debía ser rico.

Leví acompañó su comentario irónico con una carcajada.

—Las dos cartas tratan un tema parecido. Romanos parece una versión ampliada de Gálatas. Sin embargo, ¡qué distintas! No es sólo cuestión de tamaño y de desarrollo. Romanos está muy bien estructurada, muy pensada en sus detalles, más ambiciosa en su temática. Es probable que la corrigiese a veces, que

volviera a redactar partes que no le gustaban plenamente. En cambio, Gálatas es pura pasión, incluso cuando argumenta con textos de la Escritura. Resulta más confusa a veces, se echa de menos el tratamiento de ciertos temas, pero prefiero ese estilo. En Romanos descubres a un gran rabino que expone un tema. En Gálatas descubres a un hombre.

Guardó un breve silencio y añadió:

—Lo que acabo de decirte habría que matizarlo, porque en Romanos hay también partes muy personales y apasionadas. Pero, poniendo una comparación militar, de las que todos entendemos, en Gálatas Pablo es como un general que llega ante la ciudad enemiga y se lanza al asalto de inmediato. En Romanos, el general establece el campamento, contempla los puntos débiles de la ciudad, comienza el asedio y termina conquistándola.

—Como hizo Tito con Jerusalén —me aclaró Tamar—. A Leví no se le olvida nunca esa época.

—No puede olvidarse. «Si me olvido de ti, Jerusalén, que se me paralice la mano derecha».

(Los recuerdos y las palabras del salmo habían teñido su rostro de tristeza, pero se repuso rápidamente y volvió al tema con una orden.)

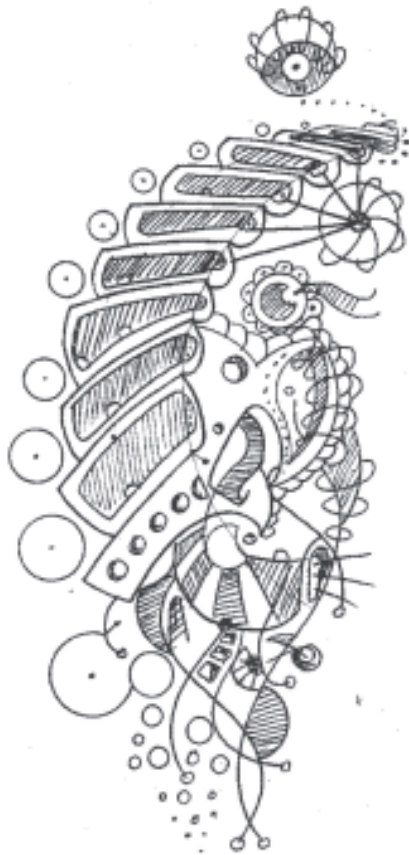
—Cuéntale a Tamar el argumento de la carta a los Gálatas.

No esperaba aquella salida y advirtió mi cara de sorpresa.

—Cuéntaselo —insistió—. En pocas palabras. Empieza diciéndole por qué escribe Pablo la carta.

Esta sugerencia facilitaba el comienzo. Me volví hacia Tamar e intenté imaginar la historia.

—En la región de Galacia había varias comunidades fundadas por Pablo, no sé decirte en qué ciudades. Al cabo de unos años, aparecieron unos misioneros cristianos preguntando quién los había evangelizado, qué prácticas te-



nían... Todo fue muy bien hasta que se enteraron de que los cristianos de origen pagano no estaban circuncidados. Entonces les dijeron que debían circuncidarse; de lo contrario, no se podían salvar. La idea no les atraía mucho, pero los misioneros insistieron en que era esencial, que el mismo Jesús fue circuncidado a los ocho días de nacer.

Leví apoyó mi argumento con una risa satisfecha.

—Muy bien, Andrónico, te lo estás inventando, pero algo de eso debieron decir.

—Lo cierto —proseguí más seguro— es que algunos se circuncidaron. Otros, en cambio, tenían dudas y escribieron a Pablo preguntándole qué pensaba. Él contestó con esta carta que ya puedes imaginarte lo que dice.

—Imagino que diría que esos misioneros tenían razón, que se le había olvidado hablar de la circuncisión cuando estuvo allí, y que era muy importante.

—Te estás burlando de mí, Tamar.

—No, yo soy una piadosa cristiana de Galacia. Estoy desconcertada con esas discusiones que se traen los varones, unos diciendo que hay que circuncidarse y otros que no. ¡Pues claro que tienen que circuncidarse!

No conocía yo esa vertiente humorística de Tamar, pero me gustó.

—De acuerdo. Un día, esa piadosa cristiana de Galacia se entera de que ha llegado una carta de Pablo hablando del tema y de que la leerán en la asamblea el día del Señor. Al cabo de un rato, la piadosa Andrómaca, esposa de un responsable de la comunidad, le dice que la carta es muy dura..., se lo ha dicho Marta, la esposa del obispo. Por la noche, todos en la comunidad están al tanto y en vilo, deseando que se lea la carta cuanto antes. Pero Nicolás, el obispo, dice que no es posible. Primero hay que sacar copias para las otras comunidades, para que todas la lean el mismo día... Y que nadie vaya a preguntar al amanuense, porque

tiene estrictamente prohibido revelar su contenido. Llega, por fin, el día del Señor y se reúne la comunidad. Se comienza con las oraciones, pero nadie se concentra en ellas. Sigue la lectura de la Ley y los Profetas, y nadie se entera de qué han leído. Hasta que Nicolás, el obispo, saca el rollo de la carta, se coloca junto a una lámpara y comienza a leer con voz solemne. Lo primero, lógicamente, es el saludo. Un poco seco, lo esperaban más cariñoso. Y el tono se endurece enseguida.

Abrió el rollo y leí.

—Me maravilla que tan pronto hayáis dejado al que os llamó por pura gracia para pasaros a un evangelio distinto, siendo así que no hay otro. Lo que ocurre es que hay algunos que os alborotan tratando de alterar el evangelio de Cristo. Pues mirad, incluso si nosotros mismos o un ángel del cielo os anunciaran un evangelio distinto del que os hemos anunciado, sea maldito. Ya os lo había dicho y lo repito ahora, si alguien os anuncia un evangelio distinto del que recibisteis, sea maldito.

Después de este comienzo...

—Espera un momento, Andrónico %me interrumpió ella%. No entiendo lo que dice Pablo de su evangelio y de otro evangelio. ¿Qué tiene que ver eso con la circuncisión?

(Yo había ido a aprender, y me encontraba en la difícil situación del maestro, delante de Leví, que no disimulaba cómo le divertía la escena. Medité mi respuesta, procurando recordar lo que decía la carta.)

—El evangelio es la buena noticia de que Dios nos salva a través de Cristo gratuitamente, como quien hace un regalo. Eso es lo que predicó Pablo. Y los misioneros recién llegados dicen que si no se circuncidan no se salvan. Eso, para Pablo, no es buena noticia, sino mala.

—¿Porque la circuncisión es muy dolorosa? %preguntó ingenuamente.

—No. No se trata de eso.

—¿Entonces?

(Miré a Leví en busca de ayuda, pero él permaneció imperturbable en su sonrisa. Las respuestas que se me ocurrían eran diversas, todas ellas oscuras y confusas. Me refugué en la evasiva.)

—Eso quedará claro más adelante... Voy a seguir con el contenido de la carta. Después de este comienzo, Pablo cuenta algo de su vida pasada, especialmente las dos visitas que realizó a Jerusalén, una a los tres años de convertirse y otra catorce años después. Son datos muy interesantes, pero...

—¿Por qué los cuenta?

—¿Por qué los cuenta?

(Mi afición a conocer hechos pasados, sean de la historia de los pueblos o de las personas, me hace a veces olvidar que todo, o casi todo, se cuenta siempre con un fin preciso. ¿Por qué contaba Pablo su vida? De repente, una lucecita comenzó a encenderse en mi mente y ciertos elementos de la carta que parecían dispersos comenzaron a adquirir forma, como una figura que sale de la niebla.)

—Los cuenta para demostrar que su evangelio no es un invento humano, sino que procede de una revelación de Jesucristo. ¿Quieres que te lea sus palabras exactas?

—No hace falta. Me fio de ti.

—Lucila y Livia me habrían obligado a leerlas. Bien. Después de contar esos detalles de su vida, propone su idea fundamental: nadie se salva por observar la Ley de Moisés, nos salvamos por la fe en Jesucristo.

—Una cosa no excluye la otra —objetó ella—. A mí me parece muy bien que los varones, además de creer en Jesucristo, se circunciden.

—«Una cosa no excluye la otra...» Depende de cómo lo interpretes. Si dices que la circuncisión es una práctica antigua, tradicional, de acuerdo. Pero si dices que es necesaria para salvarse, la cosa cambia por completo.

—¿Por qué?

—Porque si la salvación se consigue mediante la circuncisión... Dios es tonto y Jesucristo un imbécil.

(Yo mismo me asombré de mi blasfemia, que hizo dar un respingo a Tamar y provocó una nueva carcajada en Leví.)

—Así es —comentó rompiendo su silencio—. Es lo mismo que dice Pablo... aunque más a lo bruto.

—Te leo sus mismas palabras, Tamar: «Si la salvación se consiguiera mediante la Ley, Cristo murió en vano». Es evidente. Si podemos salvarnos observando la Ley, Cristo hizo una tontería al morir por nosotros.

Tamar se inclinó hacia delante y me preguntó muy seria:

—Los judíos que vivieron antes de Jesús, Abrahán, Moisés, todos los demás, ¿se salvaron?

—Supongo que sí. ¡Claro!

—Y se salvaron porque observaron la Ley. Por consiguiente, para salvarse basta la Ley, no es preciso que muera el Mesías.

—Me estás liando, Tamar. La Ley no basta para salvarse. Mejor dicho, podría bastar, pero no basta.

—¿Por qué?

—Porque nadie puede cumplirla plenamente.

Busqué un texto que me había llamado la atención y que, según yo pensaba, quería decir eso, aunque no estaba seguro.

—Te leo lo que dice Pablo: «Mirad, los que se apoyan en la observancia de la Ley llevan encima una maldición, porque dice la Escritura: *Maldito el que no cumple todo lo escrito en el libro de la Ley*».

—Y como nadie puede cumplir todo lo escrito en la Ley, la Ley no basta para salvarse.

—Exactamente —respiré satisfecho—. La Ley no es una bendición que te salva, sino una maldición que te condena.

—Y Abrahán, Moisés, Isaías y todos los profetas, se condenaron.

—No. No se condenaron. ¡Cómo se iban a condenar!

—Entonces, se salvaron por observar la Ley.

Me volví hacia Leví desesperado.

—¿Cómo pudiste casarte con esta mujer?

—Nos pusimos a discutir y me volvió loco. Preferí casarme a seguir discutiendo. Pero no has respondido a su objeción. ¿Cómo se salvó Abrahán? ¿Qué lo justificó ante Dios?

—¡La fe!

—Te lo ha sugerido él —protestó Tamar—. ¡Así no vale! Pero, bueno. Demuéstramelo.

—¿Cómo quieres que te lo demuestre?

—Cita un texto de la Escritura.

(¡Un texto de la Escritura! ¡Había tantos en la carta, y tan enrevesados para el que no es judío!)

—«*Abrahán se fió de Dios y eso le valió que lo declarase justo*». ¿Sirve éste?

—Sirve. Está muy bien. Así que Abrahán fue declarado justo por fiarse de Dios. Y tú, Andrónico, que no eres judío, ¿cómo te relacionas con él?

—¿Con Dios?

—Con Dios, no. Con Abrahán.

(Tamar me iba introduciendo suavemente en la comprensión de la carta.)

—Por la fe. La fe me convierte en hijo de Abrahán, heredero de las promesas que Dios le hizo.

—Muy bien. Volvamos a la Ley. Tú dices que no hace falta, que no salva.

—Yo no digo nada, lo dice Pablo.

—De acuerdo. La Ley no sirve para nada. Entonces, ¿para qué la dio Dios? ¿Estaba aburrido un día y se entretuvo dándosela a Moisés?

—«*Mis caminos no son vuestros caminos, dice el Señor*».

No me extrañó oír la carcajada de Leví, pero Tamar se mostró implacable.

—No te escapes diciendo que es un misterio. El Señor no ha dicho «buscadme en el vacío».

(Supuse que se trataba de una cita de la Escritura y la archivé en la memoria para usarla contra Livia a la primera oportunidad. Luego busqué respuesta al sentido de la Ley. Pablo trata ese tema despacio. Lo único era encontrar el sitio exacto. Allí estaba.)

—La Ley se dio «para denunciar los delitos, hasta que llegara el descendiente beneficiario de la promesa».

Tamar pareció valorar detenidamente mi respuesta, mejor dicho, la de Pablo.

—«Para denunciar los delitos...» Yo pensaba que era para prevenirlos.

—Para prevenirlos y para denunciarlos propuse, inventando una respuesta lógica, que no estaba en Pablo; y, antes de que pudiera ponerme una nueva objeción, añadí:

—Además, la Ley tiene menos categoría que la promesa. La promesa viene directamente de Dios, la ley fue promulgada por ángeles a través de un mediador.

Tamar me miró entre sorprendida y escandalizada.

—¿Por ángeles? Fue promulgada por el mismo Dios en el Sinaí.

—Yo te digo lo que dice aquí. Si Pablo no conocía las Escrituras no es culpa mía.

—¡Vaya si las conocía! —intervino Leví—. Pero ahí usa otras tradiciones judías para sugerir que la Ley no es tan importante como algunos piensan. Sigue, Tamar.

—O sea, que la Ley se dio ¿hasta cuándo...?

—«Hasta que llegara el descendiente beneficiario de la promesa». Se trata de Jesús, lo ha dicho antes. En otro sitio dice que la Ley fue nuestro pedagogo, el esclavo que nos llevó de la mano hasta que llegó Cristo y adquirimos la mayoría de edad.

—Explicame eso mejor, soy muy torpe.

—Sí, muy torpe... Imagínate la historia de tu pueblo, Israel. Al principio del todo hay una promesa, la que Dios hace a Abrahán.

—¿De qué promesa hablas? No recuerdo ninguna promesa.

—La promesa de que «por ti serán benditos todos los pueblos». Es una promesa para Israel y para toda la humanidad. Pasan muchos siglos y, finalmente, se produce el cumplimiento, cuando llega Jesús, que salva a todos, judíos y paganos. Durante ese tiempo entre la promesa y el cumplimiento éramos como niños, sometidos a la Ley, que nos llevaba de la mano, como el pedagogo. Pero ahora, cuando llega el Mesías, somos mayores de edad, no necesitamos pedagogo, la Ley no tiene sentido.

—Podemos hacer lo que queramos.

Esta vez fui yo quien sonrió triunfante.

—Sabía que ibas a salirme con eso. Pablo también trata ese punto, casi al final. No se puede hacer lo que se quiera, eso sería dejarse arrastrar por la carne, por los instintos. Hay que dejarse guiar por el Espíritu de Dios.

—¿Tan importante es el Espíritu de Dios?

—Es el gran regalo que recibimos de Jesús, el que nos permite llamar a Dios ¡Abba!, ¡Padre!

—¿Y eso cambia mucho las cosas? Me refiero a ti y a mí, a los otros miembros de la comunidad.

—No entiendo tu pregunta.

—Has dicho que el Espíritu nos permite llamar a Dios «Padre». ¿Qué implica eso?

—Que todos somos hijos de Dios, y hermanos entre nosotros.

—Hermanos, pero distintos.

—Naturalmente. ¡Claro que somos distintos!

La carcajada de Leví me sugirió que no había acertado en la respuesta. Pero no me hizo sudar buscándola. Él mismo recitó de memoria:

—«Por la fe, unidos a Cristo Jesús, sois todos hijos de Dios. Ya no hay más judío ni griego, siervo ni libre, varón ni hembra». ¿No te suena esa frase?

—Claro que me suena. Es de las que más me han llamado la atención. Pero esa frase no demuestra que seamos todos iguales, sino que estamos todos unidos en Cristo.

—Muy bien —continuó Tamar—. Llevas razón. Somos hermanos, estamos unidos, pero somos distintos... Vamos a volver a los instintos y al Espíritu. En la práctica, ¿qué significa eso de que no podemos dejarnos arrastrar por el instinto, sino que debe guiarnos el Espíritu de Dios?

(Esta vez la pregunta era fácil, como una tregua en medio del combate.)

—Te voy a leer lo que dice Pablo. *Las acciones del instinto son manifiestas: fornicación, indecencia, desenfreno, idolatría, hechicería, enemistades, reyertas, envidia, cólera, ambición, discordias, facciones, celos, borracheras, comilonas y cosas semejantes. Os prevengo, como os previene, que quienes practican eso no heredarán el reino de Dios. Por el contrario, el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, modestia, dominio propio. Contra eso no hay ley que valga. Los que son de Cristo han crucificado el instinto con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu, sigamos al Espíritu.*

—Por lo que veo, el Espíritu prohíbe lo mismo que prohíbe la Ley: fornicación, idolatría, hechicería, envidia, cólera... Y manda las mismas cosas que manda la Ley: amor, gozo, paz, bondad, fidelidad...

—El Espíritu no prohíbe ni manda. El Espíritu produce frutos.

—Pero, en la práctica, el resultado es el mismo de la Ley. Así que podemos quedarnos con las dos cosas: con la Ley y con el Espíritu.

—Eso es tan imposible como estar en la cárcel y ser libre.

(Yo mismo me extrañé de aquella comparación que se me ocurrió y que no usaba Pablo.)

—¿Por qué?

—Porque la Ley esclaviza y el Espíritu libera. Espera un momento...

—Espero todo lo que quieras.

Recorrí el rollo en busca de una historia que contaba Pablo, algo a propósito de Abrahán y de una esclava suya.

—Tú sabes que Abrahán tuvo dos hijos.

—Sí, lo sé. ¿Cómo se llamaban?

(Miré el rollo, pero sólo decía un nombre.)

—Uno se llamaba Isaac... El otro...

—El otro, Ismael. Sigue.

—Lo importante no es cómo se llamaban sino cómo nacieron. Ismael nació de una esclava y naturalmente.

—¿Qué significa «naturalmente»?

—Como nacen todos los niños. Abrahán se unió con la esclava, que se llamaba Agar, y tuvo un hijo de ella. En cambio, el otro hijo, Isaac, nació en virtud de una promesa.

—¿No nació «naturalmente»?

—Nació de Abrahán y de su mujer, pero no «naturalmente». Sabes de sobra que Abrahán y Sara eran muy ancianos, no podían tener hijos. Isaac fue como un regalo de Dios. Por eso dice Pablo que nació en virtud de una promesa.

—Y todo eso, ¿qué tiene que ver con el Espíritu y la Ley?

—Se trata de una alegoría. Ismael, el hijo de la esclava, representa el sometimiento a la Ley. Isaac, el hijo de la esposa, representa la libertad de la Ley, la vida en el Espíritu. Como los dos hermanos son tan distintos, no pueden vivir juntos y Dios ordena a Abrahán que expulse a la esclava y a su hijo.

—La esclava y su hijo representan a los paganos, ¿verdad?

Me quedé desconcertado, porque eso sería lo lógico para un judío, pero no lo que afirmaba Pablo.

—No. La esclava y su hijo representan al pueblo judío, que está esclavizado por la Ley promulgada en el Sinaí.

—¿El pueblo judío procede de Ismael? ¡No digas barbaridades! Procede de Isaac.

—No. De Isaac procedemos nosotros, los cristianos.

—Eso no es lo que cuenta la Torá.

(No podía discutirle lo que dice la Torá y me volví a Leví en busca de ayuda.)

—¿Eso también procede de otras tradiciones judías?

—No. Ya has dicho antes de qué se trata, es una alegoría. Mediante la interpretación alegórica, un texto termina diciendo algo completamente distinto de lo que parece decir.

—¿Me estás tomando el pelo?

—¡Dios me libre! Ese tipo de interpretación es muy típico de los rabinos.

—Entonces —prosiguió Tamar— nosotros, los cristianos, descendemos de Isaac en virtud de la promesa, no de la esclava.

—Exactamente. Por eso no tenemos que observar la Ley.

—Pero, si a alguno le apetece, puede observarla.

—No. Ya te he dicho que los dos hermanos no pueden vivir juntos. La Ley y la promesa no pueden convivir. Te pongo otra comparación. Imagínate que Leví era esclavo. Un día, consigue la libertad. De repente, te dice que quiere volver a ser esclavo. ¿Te parece lógico?

—De Leví se puede esperar cualquier cosa. Pero reconozco que no es lógico.

—Eso mismo dice Pablo a los Gálatas. Y te añado algo más. Imagínate que Leví ha conseguido la libertad gracias a una persona que ha pagado un precio altísimo: su propia vida.

—No digas tonterías, Andrónico. ¿Quién va a dar la vida por un esclavo? Ni siquiera otro esclavo.

—Eso es lo que hizo Jesús. Dio la vida por nosotros, para que fuésemos libres. Por consiguiente, si queremos volver a ser esclavos es como si le diésemos una bofetada. El peor insulto: no valorar lo que ha hecho por nosotros. Por eso escribe Pablo una frase muy dura: «Los que buscáis la salvación por la ley habéis roto con Cristo y habéis caído en desgracia».

Tamar guardó silencio un momento.

—Si yo fuese partidaria de la circuncisión, no creo que me convenciesen esos argumentos. Seguiría diciendo que es necesaria.

—¿Por qué? —ahora fui yo quien tomó la iniciativa.

La noté un poco dudosa.

—Porque siempre se ha hecho así. Mejor dicho, porque Dios lo mandó.

Temí que la discusión volviese a girar eternamente como la noria o la rueda. Para sorpresa mía, intervino Leví, sugiriéndome la respuesta.

—¿Qué es más antigua, Andrónico, la promesa o la Ley?

—La promesa. La Ley se dio cuatrocientos treinta años más tarde.

Comprendí por dónde debía continuar.

—La promesa es como un testamento debidamente otorgado; nadie puede anularlo ni añadirle una cláusula. Por consiguiente, la Ley no puede anular la promesa. Al contrario, cuando se cumple la promesa, cuando llega el Mesías, no es preciso observar la Ley ni circuncidarse. Eso ya ha quedado claro, Tamar. Si sigues siendo partidaria de la circuncisión es por otro motivo.

—¿Por cuál? —me preguntó sorprendida.

—Por presumir.

—¿Por presumir?

—Sí. Por presumir de que los demás han tenido que someterse a tu punto de vista. Para ir diciendo por ahí que te enfrentaste a Pablo y le ganaste, que la gente terminó haciéndote caso. Y te añado que eres una hipócrita. Que mucho hablar de la Ley, pero que no la cumples.

Ella se echó a reír ante mi ataque tan directo.

—¿Y tú de qué presumes?, Pablo

—Yo no presumo de nada propio. Sólo presumo de la cruz de nuestro Señor Jesucristo.

—Ahí está la clave, Andrónico, en la cruz de Cristo —comentó Leví—. Ése es el evangelio que Pablo predicó a los gá-

latas: «el Hijo de Dios me amó y se entregó a la muerte por mí». Lo que Pablo dice de sí mismo lo puede decir cada uno de nosotros.

—Yo ya estoy agotado —confesé—. O digo lo mismo que Pablo al final de la carta. Que no me amarguéis la vida con más preguntas ni discusiones. Y que la gracia de nuestro Señor Jesucristo os acompañe.

—Amen —respondieron los dos riendo.

* * *

Como te dije en el capítulo anterior, yo había acudido a casa de Leví con la idea de aprender, esperando que me explicase los puntos más complejos de la carta de Pablo. En cambio, había aprendido de forma muy distinta, mediante un interrogatorio que me hizo caer en la cuenta de cuestiones esenciales. Aquel día no tuvimos tiempo de más. Pero, al despedirme, Leví me pidió que volviese para completar lo dicho con nuevas ideas. «Con tal de que Tamar no me torture de nuevo», exigí. «Lo prometo», respondió ella.

A la hora de la comida expliqué lo ocurrido y propuse retrasar nuevamente mi presentación de la carta a los Gálatas. Y al día siguiente me presenté en casa de Leví. Tamar. Él comenzó su explicación.

—¿Sabes lo que más me intriga de esta carta? En qué momento comenzaron los bostezos y quién fue el primero en quedarse dormido. Supongo que fue cuando comienza a hablar de Abrahán.

No acompañó sus palabras con una carcajada sino con una simple mueca irónica.

—No sé cuántas veces he leído la carta desde que me la trajiste. Más de diez. En voz alta y en voz baja... volviendo sobre pasajes que me llaman la atención... Por eso Tamar te pudo interrogar ayer tan bien, se la sabe de memoria... Muchas veces me he puesto en tu lugar, y en el lugar de los cristianos de Galacia

que no fueran de origen judío, intentando imaginar qué entenderían y cuáles serían sus dificultades. Y he llegado a la conclusión de que la dificultad mayor es común para judíos y paganos: es un problema de experiencia.

Leví sabía que su última afirmación era enigmática y guardó silencio, esperando como siempre una pregunta mía que no llegó.

—¿Te ha dolido alguna vez una muela? Seguro que sí. ¿Y qué has hecho? Se lo has comentado a Lucila, a Livia... Ellas te habrán dicho que lo sienten, que es muy molesto, te habrán preparado una infusión que te calme el dolor... Pero el dolor sólo lo sientes tú. Es una experiencia personal e intransferible. Lo mismo ocurre con las otras grandes experiencias de la vida. Sobre todo, la experiencia con las personas.

Me miró fijamente antes de seguir.

—Yo quería mucho a tu padre, Andrónico. Quizá no sepas lo bien que se portó con nosotros, lo mucho que nos ayudó en todo momento, no sólo en el plano económico. Sin embargo, no puedo pretender conocerlo ni quererlo tanto como tú. Y Lucila, Tamar, Livia... cada una guarda su recuerdo y su experiencia de Teófilo. El problema para entender a Pablo es que parte de dos experiencias personales muy profundas y opuestas: su experiencia de fariseo y su experiencia de Jesús.

Tomó la carta y buscó unas palabras.

—¿Te acuerdas de cuando se enfrenta a Pedro en Antioquía? Le dirige unas palabras muy duras y luego sigue con una reflexión que, estoy seguro, Pedro no pudo entender. Y, si la entendió, dudo que estuviese de acuerdo. *Nosotros hemos creído en Cristo Jesús para alcanzar la justicia.*

—Explícale esa frase, Leví —intervino Tamar—. No es fácil de entender.

Él meditó un momento.

—Te voy a expresar lo mismo de otra manera. «Nosotros hemos creído en Cristo Jesús para que Dios nos declare inocentes».

—Tampoco así se entiende —insistió Tamar.

Leví resopló mientras buscaba las palabras adecuadas.

—Voy a empezar por el principio. Pablo es fariseo. Como buen fariseo, cree en la resurrección y sabe que un día tendrá que presentarse ante el tribunal de Dios para ser juzgado por sus obras. Naturalmente, quiere que Dios lo absuelva, que lo declare inocente. Si tú fueras fariseo, ¿cómo intentarías conseguir esa declaración de inocencia?

—Igual que cualquier persona que acude a un tribunal. Demostrando que me he portado bien, que no se me puede acusar de nada.

—Eso es lo que pretendió Pablo antes de conocer a Jesús: portarse bien, cumplir la Ley incluso en los menores detalles. Hasta que un día Dios le hizo caer en la cuenta de que nadie puede observar todos los preceptos de la Ley y que siempre habría motivo para condenarlo. Lo lógico sería que Pablo cayese en la desesperación. Pero entonces le revelan que esa declaración de inocencia se puede obtener creyendo en Jesús. ¿Comprendes ahora lo que le dice a Pedro: *Nosotros hemos creído en Cristo Jesús para alcanzar la justicia?*

—Sí, ahora lo entiendo mejor.

—Pues, eso que tú entiendes mejor, Pedro no podía entenderlo porque él no había sido fariseo. Nunca le obsesionó conseguir esa declaración de inocencia ni observar los preceptos y prohibiciones de la Ley. Pedro era... una persona normal y corriente.

—Y Pablo un bicho raro —sugerí sonriendo.

—Exactamente. Un fariseo tiene algo de bicho raro. Y Pablo había pertenecido a la línea más estricta del fariseísmo, la más fanática, capaz de perseguir a los cristianos. Pero hay otro motivo por el que Pedro no podía entender a Pablo: su experiencia de Jesús.

Buscó en la carta, pero no leyó ninguna frase concreta.

—¿Te has dado cuenta de lo mucho que insiste Pablo en su experiencia personal? Desde el primer momento afirma que su evangelio no es de origen humano, que no lo recibió ni aprendió de un hombre, sino que se lo reveló Jesucristo.

—Eso me llamó mucho la atención —lo interrumpí— porque en una carta a los corintios dice algo muy distinto.

—¿Qué dice? —me preguntó Leví interesado.

—No podría repetirlo al pie de la letra, pero, más o menos, que él predicaba lo mismo que le habían enseñado: que el Mesías murió por nuestros pecados, fue resucitado por Dios y se apareció a muchos.

Leví rió de buena gana.

—No te puedes fiar ni de los apóstoles. Cada vez dicen lo que les conviene. Unas veces subrayan la experiencia personal y otras la fidelidad a la tradición recibida. Eso demuestra que son inteligentes. Pero estamos en la carta a los gálatas, la de la experiencia personal. ¿Cuál te parece que es la imagen que Pablo tiene más grabada de Jesús?

—Esa pregunta no se entiende, Leví —Tamar parecía haberse puesto hoy de mi parte—. Déjame que se la formule yo de otra manera. ¿Cuál es la imagen más fuerte que tienes de tu madre? Ya sé que murió cuando tú eras muy pequeño.

No tuve que pensar, la respuesta fue inmediata.

—La recuerdo sentada junto a la fuente, a mi lado, contándome historias.

—Ahora piensa en Pablo. ¿Cuál es la imagen más fuerte que él tiene de Jesús?

Iba a responder que Pablo no vivió con Jesús, pero comprendí que esa respuesta sería errónea. La carta subrayaba claramente una imagen.

—Jesucristo crucificado.

—Exactamente —dijo Leví—. Jesucristo, «que me amó y se entregó por mí». Ese Cristo crucificado es el que predicó a los gálatas, lo dice poco después expre-

samente. Y, al final de la carta, escribe qué él sólo se gloria en la cruz de nuestro señor Jesucristo. Ahora piensa en Pedro. ¿Cuál es la imagen más fuerte que guardaba de Jesús?

Pensé un poco.

—No sé decirte. Guardaría tantos recuerdos... desde la primera vez que lo vio hasta que se le apareció resucitado.

—Hay un discurso suyo en el que refleja la imagen que guardaba de Jesús. Me refiero a uno de los discursos que cita Lucas.

—No tengo la memoria de Talía —me excusé.

—El discurso que pronuncia ante Cornelio, donde dice que Jesús «pasó haciendo el bien». Esa es la imagen que todo lo resume para Pedro.

—Pero Pedro guardaría también muy viva la imagen de Jesucristo crucificado.

—Naturalmente. Pero no era para él tan importante como para Pablo.

Se tomó un breve descanso antes de continuar.

—¿Cuál de las dos imágenes te gusta más?

—Creo que las dos son compatibles.

—Sí. Pero elige entre una de ellas.

—La de Pedro. «Pasó haciendo el bien». Sonrió satisfecho.

—No me extraña. La mayoría de la gente estaría de acuerdo contigo. Porque eres una persona normal y corriente, como Pedro. No eres un rabino, un pensador.

—¿Debo entenderlo como un insulto? —bromeé.

—Como insulto, no. Como exhortación a pensar. Pablo estaría de acuerdo con Pedro en que Jesús pasó haciendo el bien. Pero añadiría: el mayor bien que hizo fue morir por nosotros. La frase de Pedro se presta a imaginar un escenario idílico: Jesús curando enfermos, expulsando demonios... todos contentos y satisfechos. ¿Has oído hablar de Oni o de Janina ben Dosa? Son dos judíos posteriores a Jesús, famosos por los milagros que realizaban. Yo los conocí cuando era joven. Mucha gente podría haber dicho

de ellos que pasaron haciendo el bien. Lo que no podían decir es lo que dice Pablo de Jesús: «me amó y se entregó a la muerte por mí».

—Entonces, ¿tú prefieres la imagen de Pablo?

—Me gusta mucho la de Pedro, pero la de Pablo es más profunda, expresa mejor lo que Jesús hizo por nosotros... A ver cómo te lo explico.

En vez de explicármelo, lanzó una nueva pregunta.

—¿Por qué murió Jesús? Si quieres, te lo pregunto de otra manera: ¿Jesús murió voluntariamente o lo mataron?

—No estoy acostumbrado a esas sutilezas de los rabinos.

—No es difícil captar la diferencia. Pedro diría que a Jesús lo mataron, que él fue testigo de cómo se pusieron de acuerdo los sumos sacerdotes, los escribas, los ancianos, para eliminarlo. Según Pablo, a Jesús no lo matan. Es él quien se entrega por nosotros para salvarnos de nuestros pecados, para conseguirnos esa sentencia absolutoria de Dios.

Se tomó un nuevo descanso.

—Todo esto venía a que Pedro no podía entender fácilmente a Pablo, partían de experiencias muy distintas. A los gálatas tampoco debió resultarles fácil entender la carta, aunque hubo un grupo que la comprendió perfectamente: los partidarios de observar la Ley y de circuncidarse. Y con esto llegamos a la cuestión principal. ¿Tú estás circuncidado?

—No.

—¿Te ha pedido alguien de la comunidad que te circuncides?

—No. Nunca.

—Por consiguiente, lo mejor sería guardar la carta a los gálatas en un armario, como simple reliquia del pasado, algo que sólo interesa a los historiadores.

Evidentemente, su afirmación no respondía a lo que pensaba, pero no imaginaba por dónde podría salir.


—¿Tú eres fariseo?

—No.

—¿Alguien de la comunidad te ha propuesto que lo seas?

—No. Naturalmente que no.

—Te engañas a ti mismo, Andrónico. Eres fariseo y muchas veces te han pedido que te comportes como fariseo. Piénsalo. Cuando lo pienses, caerás en la cuenta que no podemos guardar la carta a los gálatas en un armario.

(Nota final: A estos dos capítulos seguirá un tercero, en el que Andrónico presenta la carta a su familia, y un apéndice no narrativo sobre las cuestiones principales a propósito de la carta). 

Notas

¹ *El cuadrante. I. La búsqueda. Introducción a los evangelios. II. La apuesta. El mundo de Jesús. III. El encuentro. El cuarto evangelio.* Editorial Verbo Divino. Estella 1996-1998.

² *Hasta los confines de la tierra. I. La fuerza del Espíritu.* Editorial Verbo Divino. Estella 2005. Expone los 12 primeros capítulos del libro de los Hechos.

³ Llevará por subtítulo *El macedonio*. En ella comentaré los dos primeros viajes misioneros de Pablo y algunas de sus cartas.

⁴ Leví se refiere a Gálatas 4,8-20 en la numeración actual.

